

## El ramo de rosas

La sala de espera estaba totalmente sola aquel lunes de septiembre; la consulta, a esa hora, estaba llegando al final de la jornada de mañana. Los cuatro trabajadores de la clínica estaban ultimando masajes a los clientes; faltaban poco menos de 10 minutos para cerrar las sesiones. No era, por tanto, previsible que ningún cliente nuevo llegara esa mañana, por eso Patricia se sorprendió al escuchar la llamada del telefonillo. Algún repartidor, pensó, dejó por un momento su faena en la espalda de un señor mayor para pulsar el botón de apertura de la puerta principal, escuchó el sonido típico de portero y la puerta se abrió. Esperó que alguien reclamara su presencia; ella era la más cercana a la puerta principal y, por lo tanto, se encargaba de atender este tipo de situaciones.

Esperó unos segundos y volvió a su faena; nadie la reclamó. Quizás se trata de alguien que espera a alguno de los colegas a la salida, pensó. Terminó su sesión con don Mario, cogió su bolso y salió con intención de ir a casa a comer. Le sorprendió no ver a nadie en la sala de espera; ya salía por la puerta cuando algo le llamó la atención: en la mesita que presidía aquella sala, un magnífico ramo de rosas rojas adornaba el centro. ¡Vaya!, juraría que no estaba aquí esta mañana; quizás me pasó desapercibido o lo ha colocado el jefe a media mañana. En cualquier caso, esta tarde le preguntaré; la verdad es que queda precioso. ¿O habrá sido la visita de última hora? ¿Quién puede tener un detalle así? Sin darle más importancia, dejó la clínica y se marchó a casa hasta las cuatro de la tarde, que continuaba su jornada.

Patricia llevaba ya unos años en aquel trabajo, en realidad desde que acabó su formación en fisioterapia. Le gustaba sentirse útil y ayudar a los demás; era realmente su vocación. Solo le ponía una pega a aquel trabajo: no tenía fuertes emociones; a ella le gustaba la aventura y eso aquí no lo tenía. A cambio buscaba esas emociones leyendo Harry Potter, el Señor de los anillos y obras de fantasías similares.

A las cuatro menos diez de la tarde estaba aparcando su Ibiza blanco a la puerta de la clínica. A las cuatro se reuniría todo el equipo para comentar las incidencias de la mañana y el programa de la tarde; luego comenzarían las clases de yoga, de pilates y el resto de las actividades que componían la oferta de aquel lugar.

—¿Cómo ha ido la mañana?, comentó Israel, el jefe, al inicio de la sesión.

—Sin problema, contestaron todos.

—Solo una curiosidad —dijo Patricia—, ¿de quién y para quién era el ramo de rosas rojas que había en la mesita de la sala de espera y que veo que ya no está? ¿Algún enamorado quizás? Todos se miraron y se preguntaron: “¿Qué ramo?”.

—No me digáis que no habéis visto un ramo de rosas rojas en la mesita de la sala de espera este mediodía.

—Pues no —dijeron todos.

—Aquí la más enamorada es Pili que, como sabéis, está de viaje de novios desde hace quince días —dijo Israel—, y su marido viaja con ella, así que no creo que le haya mandado rosas aquí.

—Pues yo las vi y unos minutos antes habían llamado al telefonillo; quizás alguien los entregó equivocadamente y volvió a por ellas y por eso no lo habéis visto vosotros. Era un ramo precioso, parecían unas rosas muy especiales.

—Probablemente fuera eso —concluyó Israel—, vamos entonces cada uno a su labor.

El miércoles siguiente, a las 13:20 h del mediodía, llamaron al telefonillo. Patricia, como tantas veces, volvió a pulsar el abridor de la puerta, esperó unos segundos y se asomó a la sala de espera; nadie. Se asomó a la puerta y miró a izquierda y derecha; nadie. Cerró la puerta y volvió a su faena. Un olor llenó de golpe sus fosas nasales: huele a rosas, y efectivamente, allí sobre la mesita estaba un magnífico ramo de rosas rojas. Alguna de las chicas tiene un admirador secreto, pensó para sí, y ella no quiere reconocerlo; cuando sale, se lleva las rosas y así no tiene que explicarnos nada. Qué le vamos a hacer si no quiere contarlo, no hay que forzarlo, ya nos enteraremos.

Aquella tarde, en la reunión de las cuatro, Patricia no dijo nada del ramo de rosas. Y tampoco lo dijo el viernes siguiente, en el que el ramo había vuelto a aparecer, como siempre, a las 1:20 h en la mesita de la sala de espera. Aquellos misteriosos ramos volvieron a aparecer la semana siguiente, el lunes, el miércoles y el viernes. Algún día me voy a quedar hasta la hora de cierre y me voy a enterar de quién se lleva el ramo, pero para qué, si el destinatario o destinataria no quieren, ¿qué le vamos a hacer?, sus razones tendrán. Lo curioso es que nadie parece verlos más que yo.

A primeros de octubre volvió Pili de su viaje de novios, para alivio de Patricia que había ocupado su despacho y había atendido a sus clientes en su ausencia.

Aquella reunión de las 16:00 h de la tarde iba a ser muy interesante, ya que Pili había vuelto para comenzar a trabajar el día siguiente y estaban deseando preguntarle cómo había ido todo.

—¿Qué hay de novedad? —preguntó la tantos días ausente

. —Poca cosa —contestaron los otros—. Algunos clientes más y mucho trabajo.

—¿Y a ti cómo te ha ido? —preguntó Israel a la recién casada—, por cierto, la boda estuvo magnífica, te lo tenía que decir.

—Me alegro de que os gustara, la verdad es que salió todo muy bien y no me faltó casi nadie. —Bueno, sí, la que sentí mucho su ausencia fue la de doña Leonor, sabéis que murió un día antes de la boda, pobrecilla, después de tantos años como clienta atendiéndola los lunes, miércoles y viernes, le había cogido cariño y ella a mí. —Recuerdo que en la última sesión me dijo: “Nos vemos en la boda, te voy a enviar el mejor ramo de rosas rojas que te puedas imaginar”, y ya ves, la pobre no pudo.

—“¡Ay, mi madre!” —se oyó decir a Patricia. Con una cara de museo de cera.

Todos la miraron. —¿Patricia, ¿qué te pasa? Te has puesto blanca, ¿qué te ocurre?

—Si pudo— acertó a decir antes de desmayarse.

## Capítulo II

Fueron solo unos segundos, rápidamente volvió en sí y se vio rodeada de todos sus compañeros, que trataban de ayudarla.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Israel.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy? —respondió una todavía medio mareada Patricia.

—Estábamos comentando mi viaje de novios cuando te desmayaste. Quizás ha sido una bajada de tensión, te voy a tomar la tensión por si acaso.

—No, la tensión no ha sido la impresión.

—¿Qué impresión? —le preguntaron.

—¿No recordáis cuando os conté lo del ramo de rosas rojas en la mesita de la entrada?

—Sí, claro.

—Pues el ramo apareció el lunes, el miércoles y el viernes, pero ya no dije nada porque pensé que era para alguna de las chicas y que no quería comentarlo. Ahora, cuando he escuchado a Pili, he visto que era cosa de la muerta y me ha impresionado.

Pili y las otras chicas, poniendo cara de asombro, dijeron a la vez: “¿No será verdad?”.

Iba a responder cuando Israel comenzó a reír a carcajadas.

—No te rías, que es una cosa muy seria —le recriminaron.

—Ahora os lo explico —dijo sin parar de reír—, es todo una mezcla entre casualidad y tecnología. ¿Sabéis que quiero hacer algo de publicidad de la clínica, ¿verdad?

—Sí —respondieron todos.

—Pues bien, empezó a contar Israel, mi amigo Paco, que se dedica a ello, me habló de los hologramas, una tecnología que reproduce objetos en tres

dimensiones de forma que parece que están, pero no están, es una proyección de imágenes. Te puedo hacer una prueba en la clínica, me dijo, pero ha de ser un secreto entre nosotros. Esto fue el último día de trabajo de Pili antes de su boda y ella me contó que doña Leonor le iba a enviar un ramo de rosas, así que pensé: “¿Por qué no le hacemos nosotros otro para cuando venga y lo ponemos en su despacho?”. Paco me dijo que era posible, pero que antes haría una prueba en la sala de espera y que no dijera nada a nadie, a ver cómo salía. Una vez que esté a punto, lo proyectamos en su despacho cuando vuelva. La idea era ponerlo mañana en su despacho, pero nos has roto la sorpresa.

—¿Cómo un holograma? ¿Pero si un día hasta olía a rosas?

—Eso es porque también lo combina con difusión de olores. Siento el susto que te has llevado, pero es todo un cúmulo de casualidades. Si hubieras mirado al techo en lugar de solo a la mesa, habrías visto el proyector. Esta tarde iba a venir a montarlo en el despacho de Pili, pero habrá que abortar la maniobra.

—De eso nada —dijo Pili—, yo quiero mi ramo de rosas mañana cuando me incorpore, así que de nada de abortar la instalación.

—Espera un momento —reclamó Patricia la atención de todos—, ¿por qué solo lo veía yo y por qué los lunes, miércoles y viernes, a la una y veinte?

—Muy sencillo —aclaró Israel—, estaba programado para los días que Pili está en ese despacho y unos minutos antes de su fin de jornada, como no estaba muy claro cuándo se incorporaría, probaba con las tres fechas y lo hacía solo unos minutos. Como tú eres la primera que sales, solo lo veías tú.

—Vale, pues como ya está todo planeado, mañana, aunque es sábado, a la una y veinte, todos en el despacho de Pili y Paco nos hará una demostración de hologramas con el ramo de rosas rojas. Espero que todo le salga bien. Luego nos tomaremos unas cervezas.

A la hora prevista, todos estaban expectantes. Paco había instalado todo su aparataje.

—Comenzamos —anunció el publicista, poniendo en marcha la proyección. Pero en lugar del ramo de rosas rojas, se proyectó una imagen de doña Leonor.

—¡Oooohhhh! —gritaron todos a la vez.

Israel, mirando a Paco, le preguntó: —¿Puedes explicarme esto? ¿Dónde están las rosas?

La cara de Paco era de sorpresa y hablo tartamudeando.

No lo sé, al al alguien a tocado esto sin yo saberlo.

## Capítulo III

Te juro que no he tocado el instrumental que tú dejaste preparado, te lo juro. Julio, el ayudante de Paco, no había sido capaz de convencerle de que él no tenía nada que ver con la aparición de la imagen del torso de doña Leonor en la clínica de Israel.

—¿Pero entonces quién? —insistía este.

—Anoche estuve trabajando en el holograma del ramo de rosas hasta las 11 de la noche. Esta mañana tú eres el único que ha entrado en la oficina. Luego he llegado yo, he recogido todo el material y me he ido para hacer la demostración. ¿Cómo es posible que en lugar del ramo estuviera esa señora que yo no conozco de nada, esa tal doña Leonor? Se necesita un complejo proceso para hacer un holograma y yo no tengo ni una sola imagen de esa señora. Alguien ha entrado aquí entre las once de la noche y esta mañana y ha dado el cambiazo con el que yo había preparado, y ese alguien tiene que conocer el proceso de creación de un holograma y tiene que tener un laboratorio con los medios adecuados. ¿Y quién tiene todo eso? Pues tú y yo, y yo no he sido, así que ¿cuál es la conclusión?

—Pues tú saca la conclusión que quieras, pero yo no tengo nada que ver con esa historia —repetía un cada vez más apesadumbrado Julio.

—Está bien, repasemos. ¿Cuándo has llegado esta mañana? ¿Estaba la puerta cerrada? ¿Has visto algo raro, algún detalle que indicara que alguien había entrado?

Julio hizo un repaso mental.

—Nada, todo estaba normal. Las dos cerraduras con dos vueltas, la alarma puesta, todo ordenado. Supongo que como lo dejaste tú, material esperando en tu despacho en las dos maletas cerradas. La verdad, me pareció todo normal.

—Pues no lo entiendo —repetía Paco—, no lo entiendo.

—Y dices que en lugar del ramo salió una figura de mujer —preguntó tímidamente Julio.

—Sí, ya te lo he dicho, una señora que murió hace un mes y que era una buena cliente de la clínica de Israel, más en concreto de Pili. Tú la conoces, la novia de Antonio, el que trabaja en seguridad, el que nos hace el mantenimiento de las alarmas.

—Sí, claro, ¿cómo no lo voy a conocer? De hecho, estuvo aquí ayer por la mañana revisándolo todo. Ya ha vuelto del viaje de novios y se ha incorporado al trabajo. ¿Por qué me miras así?

—¿Ayer por la mañana? —preguntó Paco con cara de ansiedad.

—Sí, después de que tú te marcharas. ¿Por qué, qué pasa?

—Nada, pero ¿no te parece una coincidencia? El mundo es un pañuelo. Una cliente de Pili aparece en mi holograma y el novio, marido ya, aparece en mi oficina. Solo te falta decirme que estuvo en el laboratorio de hologramas él solo.

—Pues sí, estuvo, pero él no sabe nada de hologramas. Es cierto que es un aficionado a la fotografía, pero nada más. Además, tú montaste todo por la tarde y él estuvo por la mañana, no pudo manipular tu trabajo.

—No digo que lo hiciera, pero no me gusta ese tipo de coincidencias. Él conoce perfectamente nuestras claves de acceso, incluida la clave para abrir la puerta. ¿Quién dice que no volviera por la noche y diera el cambiazó?

—Creo que estás viendo fantasmas donde no los hay. Uy, perdón por lo del fantasma, pero es que no veo qué tiene que ganar él con eso.

—Yo tampoco, pero tengo que hablar con él. Esto hay que aclararlo, le debo una explicación a Israel.

Como alma que lleva el diablo, Paco salió de su oficina para buscar a Antonio. A estas horas suele tomar café en el bar de la plaza antes de iniciar su ronda de trabajo de la tarde, le había dicho Julio, y no lo pensó dos veces.

—Buenas tardes —le recibió Antonio con un café humeante sobre la barra del bar.

—¿Quieres un café?

—No, tengo algo de prisa. Solo quería preguntarte por tu visita de ayer a mi oficina. Me ha dicho Julio que estuviste.

—Sí, pero nada extraordinario. Se trata de una revisión rutinaria, lo tienes en tu contrato de mantenimiento, ¿no lo recuerdas? Lo hago todos los años. Se trata de comprobar que todo funciona correctamente.

—¿Y estaba todo bien?

—Sí, perfectamente. ¿Por qué, tienes algún problema?

—Pues sí, creo que alguien entró anoche en mi oficina y manipuló una presentación que tenía preparada.

—Pero eso es imposible. No ha habido ningún salto de alarma que yo sepa. ¿Te han llamado de la central?

—No, no me han llamado. Eso es lo raro, según Julio esta mañana estaba todo bien cuando él abrió.

—¿Entonces?

—Pues eso, que estoy seguro de que alguien entró.

—Te hago un resumen de lo sucedido: en lugar de un holograma de un ramo de rosas que tenía preparado, apareció una señora que no conozco, una tal doña Leonor, que al parecer era cliente de Pili. No sé de dónde ha aparecido.

—¿Esa bruja?

La cara de Antonio cambió de color mientras dejaba la taza de café sobre la barra.

—Sigue dando problemas después de muerta, la muy...

—Vaya, parece que no le tenías mucho cariño, ¿no?

—¿Cariño? Tú no sabes los planes que me ha hecho cambiar por sus caprichos y lo mal que le hablaba a Pili de mí. "Que ese hombre no te conviene, que tú vales mucho más que él, que tú puedes tener a cualquiera que te propongas", y así todos los días, por lo que me contaba Pili, que gracias a Dios no le hacía mucho caso a sus tonterías de vieja chocha.

—¿Supongo que lo de bruja lo dices en sentido figurado? ¿No creerás que...? —acertó a decir Paco con la sorpresa reflejada en su rostro.

—No, no, lo de bruja lo decía ella de sí misma. Echaba las cartas y leía en la mano el futuro de la gente. A mí me la quiso leer una vez que coincidí en la clínica cuando ella salía. Le dije que yo no creía en esas tonterías y desde entonces me tenía ojeriza. Yo se lo decía a Pili: "Esa mujer me da miedo". Que va, me respondía ella, es una viejecita encantadora. Encantadora de serpientes le decía yo.

—¿Pero no creerás en serio que esa señora se ha aparecido en mi holograma por arte de brujería?

—¿Por qué no? Estoy harto de ver en las cámaras de seguridad de los clientes formas que no pueden ser más que fantasmas que aparecen por la noche cuando no hay nadie. ¿Tú has mirado si se ha grabado algo en las cámaras de tu oficina? Si dices que alguien ha entrado, estará grabado.

—Pues no, no he mirado, pero si alguien es capaz de entrar sin hacer sonar la alarma, también puede anular las cámaras. De todas formas, voy a mirar.

Y Paco salió del bar convencido de que en las cámaras no habría nada y de que el odio de Antonio a doña Leonor tenía algo que ver con aquella historia. ¿O quizás doña Leonor había querido enviar desde el más allá un mensaje a Pili?

Lo primero que voy a hacer, se dijo para sí, es volver a ver el holograma. Un escalofrío corrió por su cuerpo solo de pensar que ahora aparecerá solo el ramo de rosas.

## Capítulo IV

Cuando Paco llegó a su oficina, se encerró en su despacho y abrió en el ordenador la aplicación de su sistema de alarmas. Ahí, según le habían explicado, podría ver quién y a qué hora había conectado y desconectado las alarmas, y también podría comprobar si las cámaras habían detectado algo.

Comenzó por las alarmas. Jueves a las 8 de la mañana, alarma desconectada por el usuario 2, ese era Julio. Jueves a las 14 h, alarma conectada por el usuario 1, ese era el mismo. Revisó todas las entradas y salidas recogidas en el sistema. Todo parecía responder a la lógica de apertura y cierre de su establecimiento, incluyendo su salida tardía del jueves por la noche. Después de eso, aparecía la nueva apertura el viernes a las 8, otra vez por el usuario 2, Julio.

Revisó las cámaras. Nada que destacar, salvo en la de la entrada que recogía de vez en cuando la luz de algún coche que pasaba por la calle. Todo parecía estar en orden; sin embargo, ¿cómo se podría explicar aquella aparición? ¿Sería realmente un fantasma, como insinuaba Antonio? Solo había una forma de averiguarlo. Miró su equipo de proyección de hologramas situado en la estantería de su despacho, pulsó la tecla del teléfono que le comunicaba con Julio y le invitó a ver con él la proyección de la discordia. "Ven", le dijo, "vamos a ver si la Señora Leonor sigue ahí, según Antonio era una medio bruja con poderes sobrenaturales".

—Me dan un poco de miedo esas cosas —respondió Julio desde su puesto.  
—Prefiero no verlo — —Que vengas te digo —insistió Paco— no seas cagón — Al segundo, Julio apareció con cara de susto en el despacho de Paco. —Venga, vamos a ver la proyección —

Paco preparó su ordenador, el proyector necesario para la ocasión y cuando todo estuvo listo, cargó la presentación e inició la reproducción. Al instante apareció la imagen de Doña Leonor. —¿Es ella? —afirmó Julio. —¿Te parece un fantasma? — dijo Paco parando la proyección. —En absoluto — parece un holograma de los que hacemos nosotros —

Al volver a la reproducción, la imagen desapareció dando paso al tan esperado ramo de rosas rojas. —Ahí está mi trabajo —dijo Paco— y la imagen de la señora es claramente un añadido que alguien ha colocado. ¿Pero quién, cuándo y por qué? — —Bueno, ¿qué más te da? — respondió

un titubeante Julio. "¿Puedes cortar ese trozo y proyectar el ramo a Pili el lunes?" —Como me va a dar igual, alguien ha manipulado mi trabajo y me ha hecho quedar en ridículo ante un posible cliente para el que esto era solo un ensayo para montar con él una campaña de publicidad de su clínica. ¿Qué credibilidad voy a tener ahora? —Pero en las cámaras no se ve nada ¿no? ¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó un cada vez más mosqueado Paco. —No, me lo supongo, las has visto ¿no? — —Antes me ha llamado Antonio y me ha dicho que te había sugerido mirar las cámaras. — —Vaya, cada vez veo a Antonio más interesado en esta historia, y más sabiendo el odio que acumulaba contra esa señora. Por cierto, y hablando de cámaras, me queda una por revisar y esa no está en el sistema de la compañía de seguridad. — —¿Ah no, y cuál es? — se sorprendió Julio. —Una como la que tengo en mi casa para vigilar al perro, de esas baratas pero que funcionan muy bien, se controla desde el teléfono. La instalé aquí detrás de la estantería porque me sobraba en casa, se me olvidó comentártelo. Voy a ver si ha grabado algo. —

En ese momento, la cara de sorpresa de Julio pasó a descomposición. — Bueno, me voy a tomar un café, ya me contarás — —¿Un café? Pero si tú no tomas café — —Bueno, quien dice un café dice una tila, este asunto me tiene muy nervioso —

El sol rozaba ya el horizonte por el oeste cuando Paco, por fin, logró reunir en su despacho a Antonio y Julio. Las imágenes que descubrió en la cámara de su despacho le habían dejado impresionado y no entendía muy bien a qué se enfrentaba. La cara de los dos invitados a la reunión era un poema, ya imaginaban de qué quería hablar Paco. Julio ya había puesto en antecedentes a su amigo Antonio de la existencia de aquella cámara "incontrolada" en el despacho.

—Supongo que sabéis de qué quiero hablar — inició Paco la conversación — —Todo tiene una explicación — se justificó Antonio — y todo es culpa mía, Julio solo ha sido víctima de mi engaño. —Pues estoy deseoso de escuchar la explicación de algo que afecta a mi reputación como profesional y pone en riesgo un negocio en ciernes con un cliente — — Nada más lejos de mi intención hacerte daño a ti o a tu negocio, de verdad que lo siento, pero es que se me fue de las manos. Todo vino a consecuencia del dichoso ramo de rosas que iba a regalar Doña Leonor a Pili en nuestra boda, ella me lo contó poniendo a esa arpía por las nubes, como de costumbre. Yo le decía que estaba obsesionada con esa señora que parecía de su familia, ya te conté esta tarde que a mí no me gustaba nada de nada y tenía mis razones. Luego la señora falleció, como ya sabes. Yo conocía por Julio tu proyecto del ramo en holograma, ya sabes que me

gustan esos temas. Cuando falleció la señora casé mi sed de venganza con tu proyecto y le propuse a Julio que me ayudará a convencer a Pili de que esa señora era una bruja, moderna, pero una bruja de las de escoba. Aunque te parezca mentira, todo lo hablamos en el convite de mi boda, con unas copas demás, le dejé encargado tener preparado un holograma partir de las fotos que saque del móvil de Pili indicándole que a mi vuelta lo incluiríamos en tu presentación de forma que pareciera una aparición, pero todo se nos fue de las manos. Para que no te dieras cuenta de nuestra intervención, yo que conozco tu sistema de seguridad, simulando una revisión, me encargué de borrar las entradas y salidas y de anular las cámaras, claro que no contábamos con tu cámara particular. —Pero bueno, ¿vosotros sois tontos o qué? ¿Pensasteis que no iba a investigar el asunto hasta el final? ¿No pensasteis en las consecuencias para el negocio? ¿Y tú Julio no pudiste decirme algo una vez que viste el resultado?. Habéis abusado de mi confianza. Espero que por lo menos confeséis vuestra culpa delante de Pili e Israel para dejar claro que solo se trataba de la antipatía de Antonio a una señora, de una broma de mal gusto. —Cuenta con ello — afirmaron los dos a la vez. —Disculpanos — repitió un apesadumbrado Julio — no pensé que te ibas a poner así, la verdad no valoramos bien lo que hicimos, pero haremos lo que haga falta para arreglar el entuerto. — — Pues cada uno lo suyo. Tú Antonio te encargarás de dar las explicaciones a tu esposa que aún debe estar pensando que doña Leonor, pobre señora, le envía un mensaje del más allá. Tú Julio te encargarás este fin de semana de reparar la presentación y dejarla como yo la hice y el próximo lunes en la clínica de Israel nos reunimos todos para entregar a Pili el ramo de rosas y las disculpas repetidas de este caza fantasmas de Antonio. Ahora voy a llamar a Israel y darle las explicaciones pertinentes, fin de la reunión.

El lunes a las 9 de la mañana, cuando Israel abrió la puerta de la clínica se encontró en la mesa de la sala de espera un magnífico ramo de rosas de un rojo intenso. Vaya como ha entrado Paco a hacer la instalación, se preguntó, habíamos quedado a las cuatro de la tarde. Miró al techo y no vio ningún proyector, se acercó al ramo y lo tocó, sintió el suave tacto de la rosa, pero este ramo es real. ¿Quién lo ha puesto aquí?